

## Un caso de hibernofilia

**A**L parecer la hibernofilia es una enfermedad leve y rara vez mortal, a no ser que se cruce en el camino el alcohol –y este libro está empapado de alcohol, de cerveza y de *whiskey*, la otra grafía más habitual es para el escocés–, que aqueja a millones de personas que no importa desde qué confín de la Tierra reivindicar su origen irlandés, su pertenencia a esa isla verde, tierra de santos y poetas. Esto nos dice, al menos, de entrada el escritor sevillano Antonio Rivero Taravillo, que ha escrito un estupendo *Diccionario sentimental de la cultura irlandesa*, con el título de *En busca de la Isla Esmeralda*. Confieso mi gusto y capricho de lector por este tipo de libros tan unipersonales. La editorial Fórcola publicó hace unos años un voluminoso y nada pesado –había que leerlo despacio, sin prisa; yo tardé un par de años en hacerlo, y mientras leí otras cosas y viví lo que me tocó vivir, pero nunca descuidé el mamotreto– *Diccionario sentimental de la cultura inglesa*, que escribió con el título de *Pompa y circunstancia* el periodista y escritor Ignacio Peyró, hoy director del Instituto Cervantes en Londres. Este de Antonio Rivero Taravillo, aunque menos voluminoso, sigue los pasos del de Peyró, aunque sean muy diferentes entre sí; y me propongo hablar del de Rivero Taravillo y aparcar el de Peyró, pues ahora no toca. Pero antes no quisiera dejar de citar otro libro, aparecido

entre medias, entre el de Peyró y el de Taravillo. Se trata del de Blas Matamoros, *Con ritmo de tango. Un diccionario personal de la Argentina*, que es asimismo una excelente aproximación (personal) a esa enfermedad de diván que es sentirse argentino (o quejarse de serlo). Estos diccionarios caprichosos –he citado tres, excelentes los tres, y muy personales, y los tres los ha publicado el mismo editor, Javier Fórcola, cuya valentía y, por qué no, capricho, no quiero dejar de señalar: aunque él sea el dueño y señor de su catálogo– me han recordado una colección de diccionarios personales que sacó Planeta hace unas décadas, donde Francisco Umbral hacía su personal y arbitrario escrutinio de las letras hispanas, donde creo recordar que la entrada de Juan Marsé era mínima comparada con la que le dedicó –entonces, entonces, entonces– a un emergente Juan Manuel de Prada. Además de Umbral, recuerdo el diccionario (personal) de Azúa sobre el arte, o el (personal) de Trueba sobre el cine, y así otros más. Abruma, entretiene e informa el grado de hibernofilia que padece el poeta sevillano Antonio Rivero Taravillo, narrador, traductor y tantas otras cosas más, y cómo lo ha volcado, desmelenadamente, en este medio millar de páginas, que conforma su *Diccionario sentimental*. Parece saberlo casi todo de esa isla verde, de santos y poetas, y sobre todo demuestra que es un poe-

ta enfervorizado haciendo su diccionario irlandés. Pocas cosas quedan fuera de estas páginas, seguro, pero sin duda la palabra *gaélica* hecha poesía desde hace más de mil años es lo que aquí prevalece. Rivero Taravillo no abruma con su erudición –en ocasiones parece saberlo todo, juega inevitablemente con ventaja frente al lector que, al menos es mi caso, lo ignora casi todo–; al contrario, la maneja con mucho acierto y, cosa que me gusta mucho, en ningún momento prescinde de su entusiasta yo: si ha conocido un *whiskey* especial, te invita a probarlo; si te recomienda unos músicos especiales, te invita a hacerte con el disco, a comprarlo, a oírlo, a disfrutarlo. Continuamente busca la complicidad del lector: este se la da enseguida, pues un libro como este diccionario solo puede estar destinado a un lector cómplice. Su gusto literario, el que sea poeta o traductor de algunos de los escritores de los que habla le da ocasión para personalizar y escribir (muy bien, muy literariamente) la entrada en cuestión del diccionario. Recuerdo, por ejemplo, el entusiasmo que pone en citar la novela de Jamie O'Neill *Nadan dos chicos*, que el propio Taravillo tradujo hace un tiempo para Pre-Textos (el editor Manuel Borrás me la recomendó encarecidamente en su momento y estoy seguro de que en 2018 *caerá*, y podré decirle al amigo Borrás que tenía razón, y

Rivero Taravillo también). Me gusta mucho igualmente la muy documentada y bien escrita entrada dedicada al *Ulises*, de Joyce, y lo bien que se arregla, con sorprendentes hallazgos y vínculos, para llevar el agua (joyceana) a su molino (sevillano): espléndida esa entrada... Y así podríamos seguir. Con paradas políticas (la insurrección de 1916, la guerra civil, la república irlandesa, la parte inglesa y no católica del Norte, el IRA y sus líderes), con paisajes irlandeses de una belleza sabida que no pueden borrar el consabido mal tiempo, con visitas a los pubs –el alcohol siempre presente– y el repaso por orden alfabético de poetas –poetas, poetas, poetas– y escritores, y cantantes (desde Sinéad O'Connor a The Chieftains), y así. Da la impresión de que Antonio Rivero Taravillo llevaba toda la vida acaparando notas para, en un momento determinado –ahora– volcarlo todo en este *Diccionario Sentimental*. Uno, lector, que conoce mejor a John Banville que a Seamus Heaney confiesa que este libro tan sugerente le ha proporcionado muchas tareas para los meses próximos. Deja la obra de Taravillo con mil y una anotaciones, con mil y un papeillos de colores. Espero no defraudar al autor. –JAVIER GOÑI.

Antonio Rivero Taravillo, *En busca de la Isla Esmeralda. Diccionario sentimental de la cultura irlandesa*, Fórcola, Madrid, 2017.